

# La eucaristía, presencia viva y vivificante de Cristo en la historia

El Cuerpo y la Sangre de Cristo  
17 de junio de 1979

Éxodo 24, 3-8

Hebreos 9, 11-15

Marcos 14, 12-16.22-26

Queridos hermanos:

Resulta bien oportuno un homenaje al Cuerpo y a la Sangre del Hijo del hombre mientras hay tantos ultrajes al cuerpo y a la sangre entre nosotros. Yo quisiera reunir, en este homenaje de nuestra fe a la presencia del Cuerpo y de la Sangre de Cristo derramada por nosotros, tanta sangre, el amontonamiento de cadáveres masacrados aquí en nuestra patria, en nuestra hermana república de Nicaragua y en el mundo entero. Y sin duda que Cristo recoge cada vez que se realiza ese misterio: “Esto es mi cuerpo, esta es la sangre de la alianza de los hombres con Dios que se derrama por el perdón del mundo”. No toda la sangre derramada es santa como la de Cristo, lamentablemente, pero toda sangre es sagrada; y todo cuerpo inmolado, aunque sea bajo el asesinato, es una vida tronchada y la vida también es sagrada.

Por eso, nuestro homenaje del *Corpus*, del Cuerpo del Señor, no termina en un hombre matado por la injusticia del mundo, clavado en una cruz, sino que lo recoge, tres días después, resucitado y glorioso como triunfo del sacrificio de la sangre derramada. Y por eso queremos unir, en este homenaje de *Cor-*

Mc 14, 22.24

*pus*, la esperanza de los que murieron con un ideal, la esperanza de los hogares, de las viudas, de los huérfanos que están sufriendo como consecuencia de esos asesinatos y de esas muertes violentas, para decirles: el Cuerpo de Cristo que hoy veneramos en el altar, muerto pero resucitado y, en la gloria de su resurrección, marcado con las señales de la tortura, de la injusticia, del asesinato, como un reclamo frente al pecado del mundo, la justicia eterna de Dios. Nada queda oculto, todo será puesto en justicia, todo quedará en su puesto.

El homenaje al *Corpus* resulta, pues, bien oportuno; si como las fiestas de la Iglesia debemos de llevarlas a una aplicación concreta y práctica, presente de nuestra historia, las fiestas litúrgicas no son memoria de cosas pasadas ni son celebraciones de cosas abstractas. Las fiestas litúrgicas, lo mismo que el Evangelio se predica encarnado en la realidad, a veces vergonzosa, dura, cruel, dolorosa, pero la realidad que Cristo levanta para redimir y para santificar.

¿Qué celebramos en el *Corpus*? Celebramos el dogma de los católicos, esa fe que nos ha traído a la misa del domingo. Y ojalá todos avivemos cada día más esa fe que, en el momento en que frente a la asamblea cristiana, reunida en la catedral o en la humilde ermita, en el cantón, cuando el sacerdote dice las palabras que hemos oído hoy en el Evangelio: “Tomad y comed, esto es mi cuerpo, esta es la sangre de la alianza cristiana que se derrama para perdón de los pecados”, y la levanta en alto y el pueblo —ya sea de pie como señal de respeto, ya sea de rodillas como señal de adoración— reconoce que ante sus ojos está realmente, en el signo del pan y del vino, verdadera, real y substancialmente presente el Cuerpo y la Sangre del Señor.

Y es una presencia viva y vivificante. Tiene dos aspectos la presencia de Cristo en la eucaristía: presencia como víctima, como sacrificio; todo el sacrificio de Cristo en la cruz se hace actual, presente en cada misa que se celebra; y el segundo aspecto es como comunión, el alimento que Cristo nos da es amor, es un mismo pan; como en la familia la mamá parte, aunque sea pobre, el mismo pan para repartirlo a los niños, a los hijos, y así se siente, en torno de la mesa, la unidad de la familia. El altar es lugar de holocausto, pero es también mesa del hogar, el altar de la catedral y de cualquier templo; por eso, lo homenajeamos tanto, lo adornamos de flores, lo incensamos junto a él, lo ves-

Mc 14, 22.24

timos de manteles lujosos, cuanto más, mejor; es porque representa a Cristo. Pero Cristo se hace presente en el momento de la misa, en la hostia y en el cáliz; es víctima recogiendo el sacrificio de todos los hombres para ofrecerlo a Dios; y es comunión llamando al amor de todos a formar una sola familia, la familia de Dios, que se alimenta con la Carne y la Sangre del Cordero celestial, el pan que bajó del cielo.

Por eso, voy a proponerles como tema de nuestra reflexión esto: *La eucaristía, presencia viva y vivificante de Cristo en la historia*. Esta es la eucaristía, una presencia viva y activa, vivificante de Cristo en persona aquí, en la historia. El principal presente en la misa es Cristo en el altar y, cada vez que venimos a misa, es a Él a quien venimos a oír, a seguir y a amar. Y los tres pensamientos de esta idea central los quiero exponer así: primero, la eucaristía, plenitud y cumplimiento de las alianzas antiguas; segundo, la eucaristía, principio y signo del reino de Dios presente entre los hombres; y tercero, la eucaristía, inspiración y fuerza de nuestra esperanza escatológica, la esperanza del más allá que ya está presente aquí en nuestro corazón por la esperanza y esa esperanza la anima Cristo presente en nuestra historia.

### La eucaristía, plenitud y cumplimiento de las alianzas antiguas

En primer lugar, las lecturas de hoy nos invitan a un parangón bien interesante. Y así la eucaristía se presenta, entre la primera lectura del Viejo Testamento y las dos lecturas del Nuevo Testamento, como un sacramento que Cristo establece para perfeccionar, para darle plenitud, para darle cumplimiento a todo lo que significaron las viejas alianzas. Es conmovedor mirar hoy en nuestra catedral, como si fuera un cenáculo, que la figura de Cristo se levanta en el altar para decirnos esa palabra del Evangelio: “Tomad, esto es mi cuerpo”; y después, en el cáliz de la misa, que el pueblo le presenta en la procesión de ofrendas con un poco de vino de uvas, Cristo lo transforma por el ministerio de su sacerdote y lo entrega al pueblo: “Tomad, este es el cáliz de la sangre de la alianza, sangre que se derrama para perdón de todos ustedes”. Sangre de la alianza. ¡Cuántos siglos evoca esa palabra del Señor!

Mc 14, 22

Mc 14, 24

Durante toda la Cuaresma, este año, los que han seguido el pensamiento de nuestra catequesis, recordarán que hemos ido

enumerando las diversas alianzas: la de la prehistoria, Noé bajo el signo del arco iris; van marcando como etapas en la historia de la salvación; la segunda es con Abraham, marca la etapa de los patriarcas; y ahora nos encontramos con la etapa de Moisés, la alianza sinaítica, la alianza del Sinaí. Eso es la primera lectura: de Moisés a Cristo; la gran promesa del pueblo que nació junto al monte Sinaí va a cumplirse en la otra cumbre del Calvario, la sangre de Cristo que ya no será sangre de animales como la que ofreció Moisés en el altar.

¿Qué fue la alianza de Moisés? Fue la ratificación del amor de Dios que escoge una nación entre todas las naciones para hacerla su pueblo y el pueblo de aquella nación que le dice a Dios por medio de Moisés: “Haremos todo lo que nos dice el Señor”. Y Moisés, para ratificar con sangre ese amor de Dios que elige un pueblo y ese pueblo que acepta la elección de Dios —nos dice la lectura de hoy—, “levantó un altar al pie del monte Sinaí y alrededor puso doce piedras, las doce tribus de Israel”.

Lo que va a suceder es algo grandioso, manda a los jóvenes a matar las víctimas que van a ser ofrecidas a Dios. Y aquella sangre la recoge en un depósito y la divide en dos partes. Una alianza de sangre es un pacto entre dos voluntades: el altar representa lo divino y por eso la mitad de la sangre la derrama sobre el altar; y el pueblo representa la otra parte de la alianza, del pueblo que ha sido escogido y ha aceptado llamarse y ser pueblo de Dios. Moisés, entonces, lee la ley de Dios al pueblo y el pueblo dice:

“La aceptamos. Haremos todo lo que dice el Señor”. Y la rúbrica es de sangre. Moisés, con la otra parte del depósito de sangre,

hace la ceremonia de la aspersion: “Su sangre caiga sobre este pueblo”. La sangre de Dios representada en la sangre. Para los israelitas y para el sentido bíblico, la sangre es la sede de la vida. Por eso decía que era hermoso recoger, en este día de la sangre, tanta sangre derramada, vida desparramada en nuestro suelo, vida botada hasta en las cloacas y en los albañales, vida que no se tiene consideración, se recoge para firmar una alianza entre Dios y el hombre porque la sangre es sede de la vida. Y al asperjar Moisés el altar y el pueblo, quiere decir que hay una comunión vital que une a Dios con el pueblo. Es el pueblo de Dios. Ha sido reconciliado por el sacrificio de las víctimas. La muerte de los animales representa el holocausto del pueblo; como haciéndose representar por el martirio de unos pobres animales, le

pide a Dios perdón. El “sacrificio de comunión” lo llama la Biblia hoy, el sacrificio de reconciliación. Así como la aspersión del altar y del pueblo es el sacrificio de comunión, entramos en comunión de vida con Dios; así como a través de las doce piedras que representan a la humanidad israelita, representa la sangre que los une a todos en un solo amor, en una sola familia. Este es el gesto simbólico de la vieja alianza que culminó en el Sinaí.

Ex 24, 5

Pero como todo lo antiguo era señal de lo que había de venir, en la alianza del Sinaí, a pesar de su grandiosidad, hay limitación, hay provisionalidad, hay imperfección. Sí, es una alianza limitada, limitada solamente al pueblo de Israel; provisional, los profetas se encargan de descifrar el signo y anunciar una nueva alianza que tendrá carácter universal y profundo; imperfecta, porque solamente hace una purificación legal, externa, ritual.

Por eso, la segunda lectura de hoy, comparando aquella alianza vieja con la nueva; ese es el tema de la epístola a los hebreos, carta escrita para animar a los judíos que se convertían al cristianismo. Porque en la mente del judío, que tenía toda una tradición que venía de Moisés, su templo de Jerusalén, las ceremonias de sus sacerdotes, los holocaustos de su altar significaban como una nostalgia peligrosa ante un cristianismo que nacía, que era perseguido, que no tenía templos ni sacerdotes lujosamente vestidos como los orientales; entonces, la persecución lograba hacer retroceder a muchos judíos que, dejando el cristianismo, se volvían a la ley mosaica. A estos les escribe la carta a los hebreos, carta a los judíos convertidos, para compararles: por más lujoso que aparezca el templo de Jerusalén, por más tradicional que aparezca el rito de Moisés, es bien imperfecto en comparación del sacrificio de Cristo.

Y la página preciosa de hoy nos ha presentado a Cristo revestido como Sumo y Eterno Sacerdote penetrando no un templo hecho por manos de hombres, sino llevando una sangre que no es la que Moisés repartió —sangre de animales, agua con ceniza de becerros—, sino que es Cristo llevando su propia sangre, entrando al santuario infinito del cielo. Lo de Moisés no era más que una figura; esto es la realidad. El sacrificio del Sinaí no tenía virtud para perdonar la conciencia y limpiarla de los pecados; este sí es el Cordero inmaculado que quita el pecado del mundo.

Hb 9, 11-12

Jn 1, 29

Hb 9, 14  
Hb 9, 12

La liberación que Moisés ofreció no era más que de Egipto. El Éxodo es una página bella de una liberación, pero era temporal, solo partía de Egipto para la tierra prometida. En cambio, la gran liberación, la que nos da Cristo, impulsado por el “Espíritu eterno” —dice la Biblia hoy—, “la liberación eterna”: la que nos arranca de las garras del pecado y del infierno, la que quiere apartar del mundo todas las esclavitudes y las injusticias, la que deja una Iglesia que predica con eficacia la redención de los hombres, la que acuerpa —fíjense bien—, acuerpa los movimientos liberadores; pero, para que sean eficaces, los quiere apartar también a ellos del pecado, del abuso del poder. No es extraño que la Iglesia, que lleva esta fuerza liberadora para comunicarla también a las reivindicaciones de los grupos humanos, reproche lo malo de esos grupos humanos cuando abusan en sus reivindicaciones.

Pero ella también se enfrenta frente a lo que no les gusta a los que luchan por la injusticia, y del lado con ellos le grita también al abuso de poder, al abuso de la economía, al abuso del pecado, cualquiera que sea, porque es el poder del Cristo que, con el Espíritu eterno, da la verdadera libertad y proclama la autonomía, la independencia de un reino de Dios en medio del mundo. No le importa quedar bien con nadie, solamente le importa libertar a los hombres y quedar bien con Dios, ofrecerle una humanidad plenamente libre de todo aquello que esclaviza.

Esto es lo que dice la epístola a los hebreos cuando compara el culto de la nueva alianza con el culto de la antigua alianza del Sinaí. Y el *Corpus* viene, precisamente, a recoger todo el espíritu de esa carta a los hebreos. En esta misa de *Corpus* y esta tarde, a las 4:00, miremos que el principal presidente de esta reunión es Cristo, el Sumo y Eterno Sacerdote, conduciendo un pueblo por estos caminos de la verdadera liberación cristiana.

### La eucaristía, principio y signo del reino de Dios entre los hombres

Por eso digo en mi segundo pensamiento que la eucaristía es principio y signo del reino de Dios ya presente entre los hombres. La eucaristía toma la misma base que tomó Moisés cuando Cristo, en la víspera de la muerte en que va a derramar su sangre,

nos deja en el cáliz esa sangre que se va a derramar el Viernes Santo: “Esta es mi sangre, sangre de la alianza. Ahora ya no se trata de un depósito de sangre de animales; se trata de mis propias venas de hombre-Dios que va a darse en holocausto por el mundo”. Lo llama, la epístola de hoy, “el mediador de la nueva alianza”. Y en la misa recogemos... ¡Qué hermoso pensamiento esta realidad católica! Cada misa de cada domingo que venimos es a recoger, en el cáliz de nuestro altar, todo el amor, todo el dolor, todo el mérito, todo el sacrificio de Cristo que, evocando los holocaustos inútiles de la antigüedad, le da eficacia de redención a su sacrificio de la cruz: “Haced esto en mi memoria”.

Mc 14, 24

Hb 9, 15

Lc 22, 19

¡Y qué gusto me da decirle al Señor!: “¡Mira, Señor, cuántos te recuerdan! ¡Mira esta catedral llena! ¡Mira las muchas iglesias de la diócesis y del mundo, hasta en las humildes ermitas, grupos de gente que van a misa!”. Hoy que venía para la catedral, salían de San José de la Montaña, para todos los caminos, grupitos de gente. Y me venía la emoción de pensar esto que estoy diciendo aquí, esta gente ha ido a contactarse con el signo y el principio de un mundo nuevo, un reino de Dios que solo lo vive el católico que tiene fe verdadera en el Cristo redentor.

La eucaristía es presencia del misterio pascual de Cristo. Cuando el sacerdote levanta la hostia y dice: “Este es el sacramento de nuestra fe”, ustedes responden, porque así lo sienten: “Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección”. Esta es la eucaristía: anuncio de la muerte del Señor, proclamación de su vida eterna, optimismo de unos hombres y de unas mujeres que saben que están siguiendo, aun en medio de la oscuridad y de la confusión de nuestra historia, la luz luminosa de Cristo, vida eterna.

Cristo, una vez resucitado, ha puesto en el mundo el germen de un mundo nuevo; y todos aquellos que rodean ese germen, que se llaman la Iglesia —dice el Concilio Vaticano II—, podrá ser que no sean la mayoría de la humanidad, pero a ese grupito en torno a Cristo le cabe el honor seguro de ser germen de unidad y de salvación para el mundo entero. En este momento, yo siento la conciencia de que ustedes y yo estamos tomando fuerza, energía, de ese núcleo de salvación y de unidad. Cuando salimos de misa, debemos de salir como bajó Moisés del Sinaí, con su cara luminosa, con su corazón valiente a enfrentarse a las dificultades del mundo —decía un Santo Padre— como leones

LG 9

Ex 34, 29

que han comido fuego. ¡Qué hermoso sería una unidad cristiana de leones que han comido fuego y van al mundo alimentados con este fuego de amor que es Cristo, no para esconder cobardes una fe, sino para exhibirla como la única salvación! Esta es la verdad, lo demás es mentira. Esta es la justicia, lo demás es deshonor, es injusticia. El cristiano lleva la seguridad de Cristo y es germen de salvación. Si hay esperanza de un mundo nuevo, de una patria nueva, de un orden más justo, de un reflejo del reino de Dios en nuestra sociedad, hermanos, ténganlo por seguro, son ustedes los cristianos los que van a hacer esa maravilla del mundo nuevo, pero cuando todos seamos de verdad comunicadores de esta vida que venimos a recibir en la eucaristía de nuestra misa dominical. Este es el germen que transformará al mundo.

### Vida de la Iglesia

Por eso es aquí, hermanos, donde yo insisto que una predicación, una vivencia cristiana en San Salvador, en 1979, siendo la eterna vivencia cristiana de Moisés y de Cristo y de los apóstoles, tiene que ser como la de ellos, propia de su propio ambiente, en su propio tiempo. Me da lástima pensar que hay gente que no evoluciona. Hay gente que dice: “Todo lo que ahora hace la Iglesia está malo porque no es como cuando nosotros lo hacíamos cuando éramos niños”; y recuerdan su colegio y quisieran un cristianismo estático como museo de conservación. No es para eso el cristianismo ni el Evangelio; es para ser fermento de actualidad y tiene que denunciar no los pecados de los tiempos de Moisés y de Egipto ni de los tiempos de Cristo y Pilatos y de Herodes y del imperio romano, son los de hoy, aquí en El Salvador, los que les toca vivir, el marco histórico. Este germen de santidad y de unidad tenemos que vivirlo aquí, en la tremenda realidad de nuestro pueblo concreto.

¿Cuál es nuestra comunión eclesial? Recibí un telegrama de Las Flores, de Chalatenango. Y el párroco me dice, el viernes: “*Corpus*, ayer, concurridísimo. Todo orden, devoción a pesar tanto revoltijo político. Campesinado conserva antigua fe, arraigadas devociones, gracia a Dios. Saludo atentísimo”. Diría yo que, así como en Las Flores, el jueves en varias poblaciones; y hoy, que es domingo, cuando se traslada el *Corpus*, aquí en la ca-



tedral, a las 4:00 de la tarde, veremos el grupo cristiano reunido en torno de la eucaristía. Es consolador saber que el domingo la misa llena nuestros templos en todas partes. Y alguien me decía que hoy han concurrido más gentes a la iglesia en estos tiempos, lo cual lo cito para decirles que esta comunidad de la arquidiócesis va teniendo detalles que, así como las personas se distinguen unas de otras, tienen su fisonomía propia, nuestra arquidiócesis tiene que tener, en el conjunto de las diócesis del mundo, una fisonomía también propia que hemos de cultivar.

El jueves de esta semana, celebra su onomástico monseñor Luis Chávez y González. Una figura de nuestra fisonomía arquidiocesana. Treinta y siete años de arzobispo nos deja una herencia que son ustedes, su fe, su amor a Cristo. Agradecemos al Señor y cultivemos esa herencia.

Aquí, en esta comunidad de la arquidiócesis, ayer murió un querido sacerdote, párroco de la diócesis de Santiago de María, el padre José Abdón Arce, que va a ser enterrado hoy, esta tarde, en Jucuapa.

En las diversas comunidades, ha habido también significativas fechas. En San José de la Montaña, está habiendo una renovación del gobierno parroquial. Queremos darle a esa parroquia un sentido de seminario y de vocaciones. Queremos que todos nos ayuden a dar un rumbo más diocesano, más eclesial a la parroquia de San José de la Montaña, como lo vamos a decir después.

En la parroquia de la Divina Providencia, colonia Atlacatl, el domingo pasado celebramos la fiesta patronal. La iglesia estaba repleta y tuve la oportunidad de explicar el sentido providencial de la vida: no pereza ni pasivismo, sino colaboración con Dios que es providente y guía al mundo, pero contando con los hombres.

En Soyapango, celebramos la fiesta de San Antonio y también el mensaje, actualizando el mensaje de un santo de la Edad Media como es San Antonio, lo que sería hoy. Un santo que, según sus estudiosos, supo hablar la verdad difícil de su tiempo.

En la colonia Morazán, una zona pobre, marginada, trabajan las religiosas de la Asunción; y allí me dieron el gusto maravilloso de una confirmación de jovencitos. ¡Qué juventud! Después de una preparación catequística y de un retiro espiritual, a recibir el Espíritu Santo con un propósito de ser instrumentos dóciles del Espíritu de Dios en el mundo.

También tuve la oportunidad de visitar el Asilo Sara, donde el noviciado de las religiosas Oblatas del Sagrado Corazón, están haciendo también una gran labor de amor cristiano.

En la basílica del Sagrado Corazón, vamos a celebrar este viernes, a las 6:00 de la tarde, la fiesta del Corazón de Jesús, que es también una devoción que no puede pasar de moda porque es el amor de Cristo a los hombres; solamente que hay que procurar actualizarlo y vivirlo con las exigencias del tiempo nuevo.

En el mercado, durante el mes de junio, se llevan a cabo, en rezos populares y predicaciones de sacerdotes, una verdadera misión del Corazón de Jesús. Yo voy a participar en esa misión el domingo primero de julio, a las 11:00 de la mañana, cuando el Centro Ana Guerra de Jesús, que promueve la vida de las señoras del mercado, va a celebrar su misa del mes del Corazón de Jesús.

También, esta Iglesia tuvo la oportunidad de hacer oír el pensamiento de la Iglesia acerca del control de natalidad, en la Universidad Nacional, en una mesa redonda, el lunes de esta semana. Y es una pena, hermanos, y yo quisiera llamarlos a reflexionar si lo que está pasando en El Salvador ¿no será el castigo de Dios a Babilonia o a Sodoma o a Gomorra? Cuando uno platica con médicos y gente técnica de hospitales, da vergüenza que esté pasando lo que dijo un estudiante de medicina —y perdónenme la palabra—: “Están castrando a nuestro pueblo”. Hay esterilizaciones masivas de mujeres y hombres. Los instrumentos anticonceptivos se reparten sin ningún descaro<sup>1</sup>, se reparten sin ninguna pena, sin ningún pudor. Yo les suplico que reflexionemos seriamente que la fuente de la vida es sagrada como la misma vida, y que la relación del hombre y de la mujer, santificada en el matrimonio, tiene una doble finalidad: la finalidad de amarse y de compenetrarse en la unidad íntima; pero no solo eso, la finalidad de procrear. Y por tanto, el principio de la Iglesia es que todo acto conyugal tiene que quedar abierto a la vida, y que todo estorbo a la vida, en su misma fuente, es un pecado contra la naturaleza.

Conmigo estaba el padre, que es médico también, Guillermo Gibbons, que lleva una campaña, junto con la Organización Mundial de la Salud, para investigar los métodos naturales. Y el

<sup>1</sup> Por el contexto de su denuncia se entiende que quiso decir “con todo descaro”.

padre asegura —con médicos de otras naciones— que las experiencias que van estudiando están dando un éxito, por lo menos un noventa y ocho por ciento. ¿Por qué entonces pecar con un control artificial de natalidad, cuando la diligencia de los médicos podría encontrar los medios naturales que Dios ha puesto en la misma naturaleza? Y si de allí nos dirigimos al campo más criminal del aborto... Un médico decía que no era tan eficaz el medio de los instrumentos y medicinas como el aborto, que se multiplica más entre nosotros. ¿Cómo será? Si lo otro es tan desvergonzado, ¿qué será también la cantidad de abortos que hay en nuestro pueblo? Hermanos, esto es un crimen. Si sentimos la represión porque nos matan a jóvenes y gente que ya es grande, lo mismo es quitar la vida en las entrañas de la mujer. Es hombre, como el profesor que es asesinado, como el ministro de Educación que es asesinado; también el niño en las entrañas es un hombre que, por el aborto, es asesinado. Y si se le priva de venir a la vida, buscando únicamente los placeres, es también un robo a la naturaleza. Ojalá reflexionáramos más y pusiéramos de nuestra parte todo lo posible para que no haya pecado en el mundo y Dios nos bendiga y nos saque de tanta injusticia y desorden.

Mirando hacia el mundo desde esta comunidad y para que reflexionemos en el *Corpus* de 1979, como alma de esta Iglesia presente en el mundo, me da gusto recoger las palabras de Juan Pablo II al despedirse de Polonia. Le dijo el presidente de Polonia al Papa... El Papa le dijo al presidente: “Esta visita ha consumido todas mis energías”; y el cardenal Wyszynski, que estaba junto a ellos, le contestó al Papa: “Pero su visita, Santidad, le ha dado fuerza a nuestra patria”. Esto es el pastor en la Iglesia: dar su vida para que el pueblo tenga vida. También, al despedirse, dijo a los periodistas: “Cuando vosotros facilitáis información plena y fielmente adecuada y exactamente, hacéis posible que cada hombre y mujer sean partícipes de los asuntos de toda la humanidad. Idealmente vuestras vidas están dedicadas al servicio de la verdad; en la medida en que permanezcáis fieles a este ideal, seréis merecedores del respeto y de la gratitud de todos”<sup>2</sup>. Y les recordó el episodio de Cristo ante Poncio Pilato, cuando

<sup>2</sup> Discurso de Juan Pablo II, en Cracovia, a los profesionales de los medios de comunicación (10 de junio de 1979), *L'Osservatore Romano*, 24 de junio de 1979.

Jn 18, 37

Cristo dijo: “Yo para eso he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad”. Y el Papa dijo que los periodistas debían de hacer suyo este lema de Cristo ante Pilato<sup>3</sup>. ¡Ante Pilato!, ante las amenazas de la política, ante el peligro de perder ventajas si dicen la verdad, ante el peligro de ser matado como Cristo si decía la verdad; el periodista debía de ser valiente como Él. “Para eso estoy en el mundo, no para distorsionar la noticia, no para ser instrumento de la política partidista, interesada, egoísta, sino para decir la verdad”. ¿Cuándo tendremos periodistas de esa categoría?

PP 31

Quiero referirme también, porque es una realidad, que desde el *Corpus* tenemos que mirar la triste situación de Nicaragua. Nicaragua, más de mil personas se calcula que han muerto ya. Se rechaza toda solución pacífica. Y los obispos han dirigido un mensaje en el cual citan los principios de la legitimación de la sublevación, cuando dice el documento de los obispos nicaragüenses: “A todos nos duelen y afectan los extremos de las insurrecciones revolucionarias, pero no puede negarse su legitimación moral y jurídica ‘en el caso de tiranía evidente y prolongada, que atente gravemente a los derechos fundamentales de la persona y damnifique el bien común del país’”<sup>4</sup>. Yo creo que nosotros, pues, que hemos sido muy respetuosos del juicio de la jerarquía en cada pueblo donde le toca juzgar las cosas, nos solidarizamos con el apoyo que los obispos dan a la autonomía y libertad del pueblo; pero así también, reclamando no solo contra los abusos de una tiranía, que son evidentes, sino también contra el peligro de abuso de la reacción contra esa tiranía. La Iglesia, pues, no se puede parcializar mientras haya peligro de traicionar su mensaje imparcial de justicia entre los hombres.

Y a propósito de Nicaragua, y por eso lo citaba yo —el mensaje lo pueden leer en *Orientación*—, pedirles como hermanos de aquellos hermanos que sufren hambre, situaciones sumamente precarias... Antier por la radio oí decir una voz que decía: “Yo desde el domingo no como”. ¡Lo que significa de angustia una palabra como esa! Entonces, vamos, por medio de *Cáritas* de la arquidiócesis, en todas las parroquias y comunidades, a

<sup>3</sup> Cfr. *Ibid.*

<sup>4</sup> *Mensaje al pueblo de Nicaragua* de la Conferencia Episcopal de Nicaragua (2 de junio de 1979), *Orientación*, 17 de junio de 1979.

hacer una recolección de víveres que se puedan conservar para mandarlos y de otras cosas que puedan ser útiles. Hago un llamamiento, pues, a la caridad y al amor comprensivo de todos ustedes, para que hagamos llegar esta ayuda a nuestros hermanos. Miren si hay organización de *Cáritas* en sus comunidades y ellas son las que tienen ya instrucciones concretas, lo mismo que todos lo párrocos, para hacer esta colecta que la haremos llegar de un medio seguro a la Iglesia de Nicaragua.

Aunque sea lejos, pero pensemos en la tragedia que significa, en Hong Kong, cincuenta y dos mil refugiados del Vietnam esperando países que les abran los brazos para ir a encontrar una esperanza en el futuro de su vida. Claro que El Salvador no puede dar acogida, pero El Salvador puede intervenir para que otros países con mejores capacidades territoriales puedan alojar a los vietnamitas, que en número de cincuenta y dos mil esperan, como en una emergencia que no puede esperar mucho, en Hong Kong.

### Hechos de la semana

Miremos ahora el campo de la violencia que continúa arrasando: veintidós asesinados ya, cuentan los maestros; dos desaparecidos: Juan José Herrera y Roberto Romero; dos heridos de gravedad; muchas amenazas de la UGB. Recuerdo con emoción un maestro de un pueblito que les dijo a sus alumnos: “Me despido de ustedes porque he recibido una amenaza de muerte y yo no sé si podré volver a darles clases”. Y así hay muchas escuelas en el país cerradas ante la amenaza y el temor.

A este propósito, yo he preparado un mensaje para los maestros que se va a publicar el día del maestro, el 22 de junio, y en el cual desarrollo estos tres pensamientos: una protesta por la represión que están sufriendo, un apoyo a su auténtica vocación docente, y el ofrecimiento de un modelo para su vida y su labor magisterial: el Divino Maestro. Quiero avanzarles, como idea central será el apoyo a su vocación magisterial. En estas circunstancias tan difíciles para ustedes, me interesa también apoyarlos para que realicen con fidelidad su vocación de docentes, siguiendo las recomendaciones del último seminario nacional sobre reforma educativa, es decir, concebir la educación como “un proceso por el cual se incorpora el individuo en forma crítica y como agente de cambio en la construcción de una so-

ciudad más justa, lo cual supone formar salvadoreños no conformistas, trabajadores, realistas, responsables y creativos de los procesos sociales y económicos”<sup>5</sup>.

Y a este propósito, me refiero también a defender la educación que se da en nuestros colegios católicos y que mentes mal intencionadas tratan de difamar diciendo que en nuestros colegios católicos se inductina de marxismo a alumnos y alumnas. Esto es falso. Solamente reclamamos esto que acabo de leer: una formación crítica. Ya no es tiempo de ser pueblo-masa adormecida y que hagan con él lo que quieran. Queremos hombres, queremos formar en nuestros colegios hombres y mujeres que sepan criticar lo injusto y discernir también lo justo, que no vayan siguiendo solo por seguir una tradición que nos ha dado por resultado esa situación en que estamos viviendo.

Hay más víctimas de la violencia. Dirigentes de sindicatos, miembros de tugarrios, de la unión de tugarrios<sup>6</sup>, y de otros organismos, como FECCAS, UTC, FAPU; campesinos, Manuel Barahona Chávez, Domingo Murcia, Rubén Quezada, que fueron capturados y después aparecieron muertos con balazos; tres cadáveres no identificados en Tierra Blanca.

Amenazas sangrientas, por ejemplo, de la UGB al poeta Rafael Góchez Sosa, al doctor Luis Alonso Posada, a un sacerdote<sup>7</sup> ayer o, en estos días, a varios cristianos.

Secuestros. Sigue en pie nuestra preocupación por los dos ingleses; y luego mencionamos y pedimos también comprensión para los otros tres secuestrados: Adolfo Antonio Ríos<sup>8</sup>, Miguel Armando Miguel<sup>9</sup>, Carlos Rafael Nieto Álvarez<sup>10</sup>.

Capturados, no consignados a los tribunales a pesar de haber recibido el recurso del *habeas corpus*, que es constitucional y al cual no se le hace caso. Tengo la lista, por lo menos, de doce

<sup>5</sup> Mensaje de monseñor Óscar A. Romero, arzobispo de San Salvador, a los maestros (22 de junio de 1979), *Orientación*, 24 de junio de 1979.

<sup>6</sup> Unión de Pobladores de Tugarrios (UPT).

<sup>7</sup> El 16 de junio de 1979, la UGB amenazó de muerte al padre Rafael Palacios.

<sup>8</sup> Agricultor de Santa Ana secuestrado el 11 de junio de 1979 y liberado un día después. Cfr. *La Prensa Gráfica*, 12 y 13 de junio de 1979.

<sup>9</sup> Empresario de San Salvador secuestrado el 29 de mayo de 1979. El ERP se atribuyó el secuestro mediante un comunicado hecho público el día 14 de junio de 1979. Cfr. *La Crónica del Pueblo*, 14 de junio de 1979.

<sup>10</sup> Cafetalero de Santa Ana secuestrado por el ERP el 14 de junio de 1979. Cfr. *La Crónica del Pueblo*, 15 de junio de 1979.

capturados en esas condiciones. Y porque mencionar su nombre supone una defensa de parte de la Iglesia, por eso los menciono, por ser voz de esas familias angustiadas: Cruz Flores, Manuel Antonio Mejía, María Reina Mejía, Carlos Mejía, Blanca Elías Beltrán<sup>11</sup>, todos campesinos. Santana Antonio Rodríguez, Hernán Delgado, Mercedes Palacios, Pedro Juan Alvarado, José Mario Palacios, Cristóbal López, Benjamín Gavidia. No puedo detallar por falta de tiempo, pero se trata de campesinos humildes o de obreros, de trabajadores que salieron tal vez a su trabajo, a un paseo, a una visita y no volvieron más a su casa. Ojalá no sea definitiva ese desaparecimiento.

Gracias a Dios, cuando se levanta una punta del velo y se ve un misterio de iniquidad, tal vez puede haber una esperanza. Por ejemplo, cuando se descubrió el abuso de la policía. En estos días fueron descubiertos los verdaderos autores de un crimen, que en un primer momento se creyó ajusticiamiento de las FPL, pues junto a ellos se encontró una bandera de esa organización. El verdadero autor intelectual del crimen fue un inspector de la Policía Nacional que lleva trabajando en ese cuerpo de seguridad más de dieciocho años. Los autores materiales fueron dos ex agentes de la policía, quienes cometieron el crimen por una gratificación de cincuenta colones. El motivo parece ser una mezcla de celos y de ambición. ¡Cuántos crímenes habrá por motivos inconfesados y luego se involucran en esta forma en esta ola de terrorismo!

También hemos de mencionar la huelga de los estudiantes de séptimo año de medicina y las exigencias o presiones de médicos residentes del Instituto Social<sup>12</sup>, de estudiantes de odontología y de otros hospitales. Apoyo ya de varias organizaciones en estos reclamos. De parte de la Iglesia, solo pediría, pues, que se tenga en cuenta que lo primero es el enfermo, que no vaya a sufrir; pero que, al mismo tiempo, se resuelvan en forma racional estos conflictos y no vayan a ser orígenes de nuevas violencias.

Así en general, yo quisiera decirles que todo esto —¿quién no lo ve?— son síntomas de una crisis y de una injusticia estructural en nuestro país. Las cosas no se pueden arreglar con represiones y con violencias. Es necesario profundizar en un diálogo

<sup>11</sup> Blanca Elia Beltrán. *Cfr. Orientación*, 24 de junio de 1979.

<sup>12</sup> Instituto Salvadoreño del Seguro Social (ISSS).

que verdaderamente sea diálogo, no monólogo en defensa de un solo modo de pensar, sino diálogo en el cual se va dispuesto a buscar la verdad y a deponer actitudes por más queridas que parezcan. Si no es así, no podremos salir de esas raíces de donde brotan tantas cosas desagradables

Y quiero decirles también, hermanos, con todo el corazón, porque yo corro también ese peligro, el peligro de hacernos insensibles. Insensibles al ver que suceden tantas y tantas cosas, “oír —como decimos—, como quien oye llover”. Pero, ¡pensar que cada muerto es una tragedia que involucra tantas vidas! Que sintamos, pues, que cada muerto es una vida humana, un atropello a la dignidad y al derecho de los hombres. Y nunca nos insensibilicemos. Siempre tengamos y pidámosle a Dios esa sensibilidad, para no hacer con nuestro silencio pecaminoso, tal vez, una complicidad del ambiente que vivimos. Quienes puedan hablar, hablen. Quienes pueden reclamar desde sus profesiones, reclamen.

Por eso también, el llamamiento que me parece más urgente a quienes son responsables de la conducción del país o dirigentes en las clases sociales: un retorno urgente a la constitucionalidad. Si es que, si de veras se apela a lo legal, ¡cuántos crímenes se cometen en nombre de la legalidad! El estado de sitio, ¡cuántas ocasiones para atropellar impunemente! Pero si se tiene en cuenta que más atrás de la ley, del estado de sitio, está la Constitución y está la organización democrática del país, no dejemos sin funcionar ese organismo democrático y dejemos también irrisorias las leyes de la Constitución. Creo que quienes son garantes, porque lo han jurado —esa Constitución—, son los más obligados a dar el buen ejemplo del respeto a las leyes, a las que todos tenemos que volver, desenmascarando abusos de autoridad, sometiendo a la justicia toda acción que toque la ley y sabiendo sancionar al que es culpable.

Yo tengo fe, hermanos, que un día saldrán a la luz todas esas tinieblas y que tantos desaparecidos y tantos asesinados y tantos cadáveres sin identificar y tantos secuestros que no se supo quién lo hizo tendrán que salir a la luz, y entonces tal vez nos quedemos atónitos sabiendo quiénes fueron sus autores. Pero ya es tiempo de regresar a ese respeto a las leyes del país.

Y finalmente, un consuelo a todas las familias que sufren en esta orfandad de tanto crimen, y con eso termino.



## La eucaristía, inspiración y fuerza de la esperanza escatológica de la Iglesia

Es el tercer y último —breve— pensamiento de la homilía de hoy: la eucaristía, inspiración y fuerza de la esperanza escatológica de la Iglesia. ¿Qué quiere decir —ya lo he explicado varias veces— la palabra escatológico? Lo último, lo que está más allá de la historia, lo definitivo, la meta hacia donde camina toda vida de hombre y toda historia y todo pueblo.

Cuando Cristo termina el Evangelio de hoy, después de instituir la eucaristía, se despide de los discípulos diciéndoles: “En verdad os digo, ya no beberé del fruto de la vid hasta el día en que beba el vino nuevo en el reino de Dios”. La eucaristía, el *Corpus*, así como nos ha hecho remontarnos al Calvario hace veinte siglos, y a Moisés, todavía más atrás y a las viejas alianzas; desde la eucaristía, un horizonte de historia incomparable, pero también hacia delante, hacia el futuro, el horizonte eterno, el horizonte escatológico, el horizonte definitivo que va exigiendo como una utopía a todos los sistemas políticos, a todas las luchas sociales, a todos los hombres que se preocupan de la tierra. La Iglesia no se despreocupa de la tierra, pero desde su eucaristía dice a todos los trabajadores de la tierra: “¡Más allá!”. Y cada vez que se levanta la hostia en la misa, se oye el llamamiento de Cristo: “Hasta que lo volvamos a tomar en el reino de mi Padre”, y el pueblo le repite: “Ven, Señor Jesús”. Hay una esperanza. Es un pueblo que camina al encuentro del Señor. La muerte no es fin, la muerte es abrirse a esa puerta de la eternidad.

Mc 14, 25

Por eso decía, y termino diciendo que toda la sangre, todos los cadáveres, todos los misterios de iniquidad y de pecado, todas las torturas, todos esos antros de nuestros cuerpos de seguridad, donde lamentablemente mueren lentamente muchos hombres, no están para siempre perdidos, hay un horizonte escatológico que iluminará toda esa tiniebla y hará entonces cantar la victoria a la verdad y a la justicia; y será el triunfo definitivo de todos los que lucharon por la justicia y por el amor.

La eucaristía alimenta todo lo reivindicativo de la tierra porque le da su verdadero horizonte. Y cuando un hombre o un grupo quiere trabajar sólo por la tierra y no tiene horizontes de eternidad y no le importan esos horizontes religiosos, no es un liberador completo, no se puede fiar de él. Hoy luchan por el

poder y mañana desde el poder serán los peores represores. Si no se tiene un horizonte más allá de la historia que sancione lo bueno y lo malo de lo que hacemos los hombres en la tierra, no puede haber justicia verdadera ni reivindicaciones eficaces.

Démosle gracias a Dios que en esta fiesta de *Corpus*, enmarcada en tanta tragedia, también animada por tanta fuerza reivindicadora, tanta fuerza política del pueblo, Cristo no se siente extraño: Cristo, también un torturado; Cristo, también un ajusticiado en injusticias; Cristo, un inocente muerto en crimen. Cristo, el gran liberador, le está dando sentido a tanta muerte, a tanto cadáver, a tanta sangre y, sin duda, que santifica con esa perspectiva de vida eterna y de esperanza: “Tomad y comed, esto es mi cuerpo, esta es la sangre de la alianza eterna”. Así sea\*.

Mc 14, 22.24